

ACTO ACADÉMICO DE APERTURA
DEL CURSO 2006-07

De una variedad “pidgin” al inglés
como lengua de comunicación internacional:
en torno al canon en los estudios ingleses

JESÚS MANUEL NIETO GARCÍA

UNIVERSIDAD DE JAÉN

2006

DE UNA VARIEDAD “PIDGIN” AL INGLÉS
COMO LENGUA DE COMUNICACIÓN INTERNACIONAL:
EN TORNO AL CANON EN LOS ESTUDIOS INGLESES

*Lección inaugural pronunciada por el
Dr. D. Jesús Manuel Nieto García,
catedrático de Filología Inglesa,
en el acto académico celebrado
el día 27 de septiembre de 2006
en el Aula Magna de la Universidad,
con ocasión de la solemne apertura del curso,
presidida por el Rector Magnífico, el Excmo. Sr.
D. Luis Parras Guijosa*

JESÚS MANUEL NIETO GARCÍA

De una variedad “pidgin” al inglés
como lengua de comunicación internacional:
en torno al canon en los estudios ingleses



UNIVERSIDAD DE JAÉN

2006

© Universidad de Jaén
© Jesús Manuel Nieto García

Publicaciones de la Universidad
Secretaría General
Universidad de Jaén

Depósito Legal
J-394-2006

Impreso por
Gráficas La Paz de Torredonjimeno, S. L.

Impreso en España

Printed in Spain

1. <i>De la evolución de la lengua inglesa: en torno a su crecimiento y expansión.....</i>	11
2. <i>En torno al canon en los estudios en lingüística inglesa</i>	25
3. <i>En torno al canon literario en los estudios ingleses</i>	37
4. <i>Conclusiones</i>	51
<i>Referencias bibliográficas⁴</i>	53

*Excelentísimo Señor Rector Magnífico
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades
Amigos y compañeros*

Si dentro de la evolución del género humano el inglés en su estado actual puede decirse que es una realidad relativamente reciente, aún puede resultar más extraño pensar cómo ha llegado a ocupar el lugar que ocupa como vehículo de comunicación, y la vigencia que tiene en zonas tan lejanas entre sí, geográfica y culturalmente, como Europa, China, el Oriente Medio o el sur de África. Si a esto añadimos que en gran medida la variedad actual de la lengua inglesa que se utiliza con fines comunicativos en gran parte del mundo no es más que una evolución de varias formas de anglosajón modificadas, en parte, por la influencia del francés normando durante la Edad Media, es decir, una mezcla de varias lenguas sin grandes afinidades entre sí, habladas por un número bastante reducido de personas y en un ámbito territorial bastante cerrado, la actual pujanza del inglés puede resultar aún más sorprendente. Creo que a nadie se le escapa que los motivos son de índole casi exclusivamente socio-económica, y que de la misma forma que es un hecho del año dos mil seis, no tiene por qué serlo del año dos mil ciento seis. Como no entra dentro de mis expectativas el ser testigo de tales hechos lingüísticos tan a largo plazo, quiero pasar a centrarme en el papel actual del inglés en el mundo, y en la

forma en que esa expansión hasta ahora imparable puede ver modificados una serie de principios e ideas generales que parecían muy sólidos hasta hace unos años. En concreto, esta expansión en el plano geográfico y cultural ha llevado asociada una modificación, creciente, de la forma en que toda una tradición filológica se ha tenido que enfrentar a los usos y variedades de la lengua inglesa, tanto en la forma en que los estudios lingüísticos recogían ciertos hechos del lenguaje como en la forma en que se estudian y enfocan las manifestaciones artísticas y literarias en inglés. Y, por cerrar el círculo, pensemos en la trascendencia que puede tener la evolución de estas ideas de cara a la enseñanza del inglés como segunda lengua o como lengua extranjera.

I. DE LA EVOLUCIÓN DE LA LENGUA INGLESA: EN TORNO A SU CRECIMIENTO Y EXPANSIÓN

Para no tener que remontarnos más atrás en el tiempo, en mi primera paradoja hoy me voy a limitar a recordar aquí cómo David Crystal (2004: 121-139) habla de Inglaterra como una nación trilingüe durante un buen número de años dentro de su evolución histórica, concretamente, y a falta de una mayor definición, imposible por otra parte en periodos históricos, entre el 1066, fecha de la invasión normanda por parte de Guillermo I, hasta, aproximadamente, 1362, fecha en la que la apertura del Parlamento se produce en inglés, y no en francés, como había sido habitual en los años anteriores¹. Su naturaleza de nación trilingüe a la sazón merece un cierto detenimiento. Si se utilizaba el francés como la lengua de la corte, de la política y de las clases más acomodadas, el inglés era vehículo de comunicación para las transacciones comerciales y entre las clases menos acomodadas, reservando el latín, como había sido tradicional desde hacía siglos, para la cultura, la iglesia, la ley y

¹ Y, de nuevo, no es casual que estemos hablando de una fecha que coincide con la Guerra de los Cien Años, entre Francia e Inglaterra (1338-1453), ni que se pueda interpretar la utilización de una lengua considerada vulgar para tan altos menesteres como una afirmación nacional de su soberanía, también en el plano lingüístico, y no sólo en el político.

la administración. Por otra parte, el razonamiento del ilustre lingüista británico tiene su lógica, ya que alude a la forma en que, por lo general, la lengua del invasor acaba sustituyendo a la del invadido, cosa que no sucedió en la Inglaterra del medievo. Al margen de las razones socio-políticas antes mencionadas, que llevan a la utilización del inglés en vez del francés como una forma de autoafirmación nacional, quizá resulte más interesante el hecho de que la presencia y la influencia de esta segunda lengua en ciertos ámbitos modifica, definitivamente, la naturaleza de la primera en un aspecto tan crucial como su vocabulario, hasta el punto de convertirse en “the most etymologically multilingual language on earth”² (Crystal, 2004: 144). Lo que quizá no resulte tan evidente es la forma en que una lengua como medio de comunicación puede pasar, a través del contacto con otras, de disponer de un repertorio léxico determinado a ampliarlo tan considerablemente a lo largo de los años. Aunque las hipótesis pueden ser muchas y variadas, lo cierto es que se puede afirmar que el inglés medieval pasó por una etapa evolutiva en la que la base la seguía dando el sustrato de origen germánico pero a la que se incorporaban nuevos términos procedentes del francés, de forma que no se hallaba tan alejada de lo que se define como una forma de “pidgin”, es decir, “a hybrid contact language which is specially created for the purposes of communication (...) between groups of people who do not know each others’ language” (Wales, 2001: 298). Si hablo de una forma de “pidgin”, es sencillamente porque se produjeron, históricamente, estas circunstancias y se da el

²Y para muestra, un botón: el propio Crystal (2004: 155) indica cómo en el *Oxford English Dictionary* se señala la presencia de 30000 palabras, en inglés, procedentes del francés, y de más de 50000 del latín. Las cifras, siendo abrumadoras, no son definitivas, en el sentido de que en ocasiones es difícil delimitar por qué vía se han incorporado a la lengua inglesa, ya que pueden haberse incorporado desde el latín a través del francés normando.

contacto entre los tipos de hablantes que menciona Wales, aunque sería muy complejo, en el caso del contacto entre el inglés medio y el francés normando, aludir a la emergencia de un idioma híbrido. Antes bien, sería más conveniente hablar de la incorporación de ciertos aspectos lingüísticos procedentes del francés en el inglés de la época, de forma que se altera, para siempre, la naturaleza de la lengua original.

De manera paralela, y dando un salto en el tiempo de entorno a siete siglos, podemos establecer una serie de concomitancias con la actual situación de las lenguas mayoritarias en el mundo actual y de su relación con el inglés. Muchos han sido los lingüistas que se han ocupado de analizar, en términos de número total de hablantes y porcentualmente, la relación existente entre las lenguas más habladas en el mundo, debiendo, en primer lugar, establecer una distinción ya clásica dentro de los estudios de lenguas, entre un idioma *como primera lengua, como segunda lengua y como lengua extranjera*, o, en términos acuñados en época relativamente reciente por Braj Kachru (1985), el *círculo interno*, el *círculo extenso* y el *círculo en expansión*³. Procedamos, en primer lugar, a aclarar términos y a sugerir algún ejemplo. La consideración de un idioma *como primera lengua*, equivalente de manera muy aproximada a la del círculo interno, hace mención, como parece evidente, a la situación de un hablante que desde pequeño ha aprendido este modo de comunicación, asimilándola como parte de su proceso

³ Entiendo que no es casual, como se entenderá de la reflexión que sigue, el hecho de que haya sido un lingüista de ascendencia hindú y que ha trabajado durante un número considerable de años en Estados Unidos el que haya hecho referencia a esta tricotomía. Y tampoco es casual que, en fechas más recientes, el propio Kachru hable, para el primer círculo, de un grupo al que pertenecen todos los hablantes de inglés a los que se atribuye “funcional nativeness”, al margen de cómo hayan llegado a tener esta condición.

de socialización, tanto en el hogar como en el medio de enseñanza. Hablemos, en esta ocasión, de un ciudadano de Leeds cuyos padres son británicos y que ha asistido a un centro de enseñanza inglés desde el principio de su proceso de escolarización. En cuanto a la consideración de una *segunda lengua*, o del círculo extenso, suele coincidir habitualmente con situaciones en las que no existe una total coincidencia entre el idioma de comunicación diaria en el hogar y el que se utiliza dentro del contexto educativo, debiendo cumplirse otra serie de circunstancias, como la de que exista una implantación social en el territorio en el que vive la comunidad de hablantes que sugiera que esta segunda lengua se puede emplear con relativa facilidad como lengua franca para la comunicación entre hablantes que no comparten una primera lengua, debido, por lo general, a un cierto proceso de atomización lingüística motivado por la realidad del entorno. Como caso paradigmático podríamos citar el de un ciudadano de Nueva Delhi en cuyo entorno se habla alguna de las múltiples lenguas con implantación en la India⁴ pero que ha aprendido el inglés desde pequeño, fundamentalmente en los centros de enseñanza por los que ha pasado, pero también frecuentemente a través de la comunicación con otros hablantes de inglés como segunda lengua. Finalmente, el caso de un idioma estudiado como lengua extranjera, o de un integrante del círculo en expansión, se relaciona igualmente con un contexto educativo, si bien suele comportar un menor dominio de la lengua como vehículo de comunicación, por un simple proceso de exposición y uso, ya que suele ser el caso de un ciudadano que ha estudiado una

⁴ Véase al respecto Graddol (1997: 12). Presenta una pirámide en la que se establecen dos como “national languages” –el inglés y el hindi–, quince como “scheduled languages”, entre 41 y 87 como “languages with widespread currency”, dependiendo del tipo de uso que se les confiere, más de 190 como “recognised language varieties” y, por último, casi 1700 como “mother tongues”, según el censo de 1961.

lengua extranjera como una asignatura más del currículum, aunque haya sido a lo largo de un número considerable de años. En esta última ocasión, hablaríamos del caso de una persona que ha vivido desde niño en Jaén y que ha recibido instrucción formal en inglés durante un tiempo, siendo su nivel de uso de esta lengua el equivalente a alguno de los señalados por el Consejo de Europa (2001) en su *Common European Framework*.

Inicialmente, Kachru prefirió hablar de un sistema de círculos concéntricos y justificar su propuesta por la realidad social cambiante, especialmente en grandes zonas de Asia, África y Oceanía, que había llevado a contemplar el inglés utilizado como vehículo de comunicación en India, Nigeria o Singapur como una variedad más del inglés estándar, con sus propias normas de uso en vocabulario, pronunciación y gramática, antes que como una lengua “de segunda”. Para observar la implantación, lenta pero inexorable, de distintas formas de inglés en zonas del mundo tan distantes entre sí como las mencionadas, no hay más que analizar las propuestas emanadas en los círculos de sociolingüística del inglés más dinámicos en el momento actual.⁵ A modo de ejemplo, basta con observar la evolución que han sufrido las cifras de hablantes de inglés como primera y segunda lengua en tan sólo una década: si en 1990 Bryson hablaba de 330 y 1000 millones, respectivamente, Crystal, en 1997, habla de 337 y 1350 millones, mientras en el año 2001, de manera relativamente sorprendente, las cifras apuntadas por David Dalby son de 400 y 600 millones, respectivamente. No debe extrañar esta aparente disparidad en las cifras, ni que al parecer haya descendido la cifra a menos de la mitad en cuatro años, ya que, si atendemos a la definición de

⁵ A modo de ejemplo, mencionemos el caso de Jenkins (2000), o el de Gramley (2001).

una primera y una segunda lengua, entenderemos que no siempre resulta fácil definir si un hablante tiene los conocimientos suficientes de una lengua extranjera como para poder decir que equivale a tal segunda lengua, o si, por el contrario, simplemente tiene nociones pero no supera un cierto umbral de comunicación en esta lengua. Dalby (2001: 25), al adaptar el diagrama del observatorio de la lingüoesfera, habla de un total de veintinueve lenguas habladas por, al menos, un uno por ciento de la población mundial, oscilando el total de hablantes entre los sesenta millones del suahili y los mil millones del chino mandarín –o putonghua– y del inglés⁶. Si tuviéramos que establecer una escala, figurarían, en las cifras totales, por detrás del putonghua y el inglés, el hindio-urdu⁷, con novecientos millones, el español, con cuatrocientos cincuenta, y el ruso, con trescientos veinte millones. Si los tres primeros idiomas rondan una cifra de hablantes de en torno al quince por ciento de la población mundial cada uno, los dos siguientes se sitúan en torno al cinco por ciento. Las cifras cambian considerablemente cuando, con todas las limitaciones que se han señalado con respecto a la naturaleza de una segunda lengua, estudiamos las cifras correspondientes a esta última realidad comunicativa. En esta ocasión, son el inglés, con seiscientos millones, el hindio-urdu, con trescientos cincuenta, el putonghua, con doscientos, el malayo-indonesio, con ciento sesenta, y el ruso, con ciento cincuenta, los que figuran entre los cinco idiomas más extendidos como vehículo de comunicación como segunda lengua, con el español en séptimo lugar, por detrás del bengalí e igualado con el árabe y el suahili, con alrededor de cincuenta millones. Finalmente, si atendemos al número total de hablantes como primera lengua, se situarían,

⁶ Cifras conjuntas para una lengua hablada como primera y segunda lengua.

⁷ Se justifica esta terminología por el hecho de que aparentemente comparten un mismo sistema oral con realizaciones escritas diferentes.

por este orden, el putonghua, con ochocientos millones, el hindio-urdu, con quinientos cincuenta, el inglés y el español, con cuatrocientos, y el árabe, con doscientos. McArthur (2005) completa el panorama hablando de siete niveles de uso de lenguas, el del inglés, el del chino, español e hindio-urdu, el del árabe, francés, alemán, japonés y malayo, el de los idiomas significativos nacional o regionalmente –el suahili, por ejemplo–, el de las lenguas consideradas local y socialmente fuertes –el caso del catalán–, el de las lenguas minoritarias pero que pueden salir adelante sin grandes dificultades en un futuro –el gallego–, y el de las lenguas muy minoritarias y en peligro de extinción a la vuelta de unos años –el lapón, por ejemplo–.

Si completamos las cifras ofrecidas en el estudio mencionado con el informe *English 2000*, elaborado por el *British Council*, podemos empezar a vislumbrar, con datos numéricos, parte del peso específico del inglés como lengua vehicular en el mundo entero a finales del Siglo XX. Por citar algún aspecto que puede resultar significativo, en este informe se ofrecen los siguientes datos: existe una presencia oficial, o semioficial, del inglés en noventa países del mundo; un veinte por ciento de la población mundial tiene un cierto grado de competencia lingüística en este idioma; en el año 2000 se calculaba que en torno a mil millones de personas estarían aprendiendo inglés como lengua extranjera; tres cuartas partes del correo enviado y recibido en el mundo se escribe en inglés; el ochenta por ciento de la información en formato electrónico está en inglés;⁸ el ochenta y tres por ciento de los casi

⁸ El informe se centra en datos correspondientes al año 1997. Unos años después, Graddol (2006: 44-45) revisa estas cifras, sugiriendo que, para el año 2000, este porcentaje se había visto reducido al 68%, explicando esta reducción por la generalización de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación y augurando una incorporación aún mayor en el futuro de otros idiomas, como el chino, el español, el ruso o el portugués.

cuatrocientos mil estudiantes que concurrieron a uno de los exámenes de inglés de la Universidad de Cambridge procedían de Europa, en el año 1993; por último, en Europa central y del este, en torno a cincuenta millones de personas estaban aprendiendo inglés como lengua extranjera, hasta el punto de no poder satisfacerse la demanda de profesorado con unas garantías mínimas. La gran demanda del inglés como vehículo de comunicación internacional se debe a que, según Loonen (1996: 7), “English has combined the former roles of Latin (for scholarship) and French (for an educated minority) with a few other minor roles as well (for trade, teenagers and travellers)”. Si bien esto no significa, como han mantenido ciertas teorías lingüísticas en el pasado, que sea mejor como idioma que ningún otro, ya que no es pertinente hablar de las lenguas del mundo en estos términos, ni que sea necesariamente una realidad histórica inamovible, no parece previsible, en el momento actual, que se produzca un cambio de paradigma en este sentido. Para entender de qué estamos hablando, baste con tomar como punto de referencia la lengua que, a tenor de las cifras arriba ofrecidas, parece ser en el momento actual la gran competidora del inglés en el futuro inmediato, el chino. Si establecemos una breve comparativa de los dos idiomas, observaremos una serie de datos diferenciales en cuanto a su proyección social. Si el putonghua tiene un claro asentamiento social en una amplia zona del planeta, no es menos cierto que el inglés se habla, como primera lengua, en algunos de los países con mayor peso en el concierto internacional, en tres continentes diferentes: Europa, América del Norte y Oceanía, y, como segunda lengua, va camino de convertirse en una variedad prácticamente nativa, en grandes zonas de otros dos continentes –Asia y África–. Por otra parte, el hecho de compartir alfabeto y bastantes raíces léxicas básicas con otras lenguas que tienen una gran

proyección social⁹ parece indicar, asimismo, una mayor cercanía, conceptualmente, a una parte importante de la población mundial actual¹⁰. Evidentemente, tampoco se aboga desde estas páginas por una situación en la que la implantación paulatina del inglés como segunda lengua o lengua extranjera signifique la desaparición de otras lenguas, ya que, como afirma Mark Abley, en una entrevista con Víctor M. Amela (2006: 64), “cada vez que una lengua desaparece ... la humanidad se empobrece”. El panorama ideal es evolucionar hacia una situación en la que la mayoría de la población mundial pueda comunicarse con fluidez en un mínimo de dos lenguas, o, siendo algo más ambiciosos y siguiendo la recomendación del Consejo de Europa, dos idiomas además de la primera lengua (Graddol, 2006: 92).

De esta compleja situación sociolingüística se han derivado una serie de consecuencias que hace unos años eran en gran medida imprevisibles. Quizá la más significativa sea, como consecuencia de la paulatina implantación del inglés como segunda lengua o como lengua extranjera, que lleva a que hoy en día sea muy superior el número de hablantes de estas dos variantes en conjunto que el de los hablantes como primera

⁹ Curiosamente, el inglés aparece definido en la lingüoesfera como “Romanised Germanic” (véase al respecto Dalby, 2001:25); esta casualidad histórica, antes mencionada, lo convierte en piedra angular de muchas de las principales lenguas, en cuanto a número de hablantes, de Europa.

¹⁰ No quiero, con esta breve reflexión, dar la impresión de que mi pensamiento es eurocéntrico, ni que estoy mediatizado por la visión del mundo occidental que se asocia a ciertas ideologías. Aun reconociendo que no existen idiomas superiores a otros, y que la diversidad es precisamente lo que hace que cualquier sociedad sea mínimamente habitable, la propia situación estratégica del inglés en el mundo actual le da una serie de ventajas que parecen innegables. Véanse, no obstante, los interesantes comentarios de Graddol (2006: 63) con respecto a la proyección futura del putonghua y del español en este sentido.

lengua, la acuñación de nuevos términos que tratan de indicar que, al margen de la existencia de un inglés británico, irlandés, americano, canadiense, australiano o neozelandés, también se puede hablar hoy en día de un inglés *como lengua internacional* (Widdowson, 1997; Modiano, 1999), un inglés *como lengua franca* (Jenkins, 2000; Seidlhofer, 2001), un inglés *global* (Toolan, 1997)¹¹ o un inglés *general* (Ahulu, 1997). Al margen de la terminología empleada, lo que subyace es el reflejo de una situación sociolingüística: en el año 2006 es difícil estudiar las variedades del inglés sin considerar las características del inglés hablado y escrito por un número enorme de usuarios que no lo han aprendido como primera lengua. Esta afirmación, que parece un asunto poco relevante, tiene, o debe tener, una serie de consecuencias inmediatas para la forma en que se aprende el inglés en el mundo entero, y para la forma en que los profesores de inglés se relacionan con sus estudiantes a la hora de enfocar su práctica docente.

Una de las primeras consecuencias, probablemente la más evidente, ha sido la incorporación de una serie de rasgos lingüísticos considerados, en épocas relativamente recientes, poco aceptables desde un punto de vista *prescriptivo*, es decir, tomando como punto de referencia lo que es correcto o incorrecto, más que *descriptivo*, o sea, que se limita a reflejar la naturaleza del uso del inglés en distintos contextos comunicativos¹². De esta forma, como señala Samuel Ahulu

¹¹ La propuesta de Toolan es llamativa: prescinde del término “inglés” y simplemente habla de “global”, prescindiendo de la cuestión del origen, de forma que una expresión del tipo de “Do you speak Global?” sería normativamente aceptable, según Toolan. Al margen de lo innovador de la sugerencia, no parece del todo conveniente acuñar un nuevo término que rechace la procedencia para centrarse exclusivamente en la dimensión social.

¹² Esta idea la expresa de forma muy gráfica David Graddol (2006: 59): “the spread of English is helping to transform the world and (...) English, in turn, is transformed by the world”.

(1998a: 19), “native speakers of a language are likely to develop grammars which are slightly but significantly different in some respects from those of other native speakers”. No tiene nada de particular, por lo tanto, que una construcción gramatical del tipo de *a furniture, two elephant* o *his cattles*, que tradicionalmente se habían considerado mala práctica lingüística, se consideren hoy en día un uso estándar en inglés en grandes zonas del planeta –generalmente las que se han asociado al uso de este idioma como segunda lengua–. Igualmente, al reflexionar sobre la variedad léxica, el propio Ahulu (1998b) habla de una serie de estrategias comunicativas de un gran número de usuarios que están haciendo que se amplíe de manera considerable el repertorio léxico del inglés como lengua internacional. Tal es el caso de términos como *channelized, to by-heart, hot water bag* o *bush meat*, en vez de otros términos de naturaleza más estandarizada en otras variedades del inglés, como *channeled, to learn by heart, hot water bottle* o *game* –en el sentido de carne de caza–. Si consideramos la pronunciación del inglés, la situación es probablemente aún más compleja, ya que se ha partido de una situación en la que prácticamente el único punto de referencia válido era el de la variedad *Received Pronunciation* (R.P.) –la primera utilización del término, según Cruttenden (2001: 78), aparece datada en 1869–, definida por Peter Roach (1992: 89) como “[the] accent of British English usually chosen for the purposes of description and teaching, in spite of the fact that it is only spoken by a small minority of the population”, a una situación en la que se le daba cierta beligerancia al inglés americano¹³, para incorporar, con posterioridad, el inglés como lengua franca –véase al respecto la interesante discusión en Jenkins (2000: 5-16)–.

¹³ Buena prueba del cambio de perspectiva es la incorporación, en todo un clásico de los estudios ingleses, como es el *English Pronouncing Dictionary*, de Daniel Jones (1997), a partir de la decimoquinta edición, de la

Por centrarnos en nuestro contexto más cercano, no tiene nada de extraño que se hayan acuñado términos que reflejen, de manera muy directa, la naturaleza del inglés que se usa en grandes zonas de Europa, que forma parte de la variedad “inglés como lengua extranjera”, tal y como la definimos con anterioridad, pero que paulatinamente va fijando una serie de características comunes que lo definen como una variedad relativamente uniforme, y va tomando carta de naturaleza de cara a su definición y estudio. Lo que se ha dado en llamar “euroinglés” (Jenkins, Modiano y Seidlhofer, 2001) aparece marcado por medio de una serie de características léxico-gramaticales, entre las que podemos citar la ausencia de la “s” de tercera persona del singular en el presente, la ausencia del artículo en ciertas construcciones, el uso indistinto de los términos *who* y *which* como pronombres relativos, la ausencia del gerundio en ciertas construcciones en las que sí se utiliza en otras variedades de inglés y la simplificación del siempre difícil campo de las coletillas interrogativas¹⁴. En cuanto a la pronunciación, se señalan como más relevantes las diferencias consonánticas, más que las vocálicas, y el uso del acento tónico,

pronunciación del inglés americano, y no solamente, como había sido tradicional, del inglés en su variedad R.P. Al respecto hay que mencionar que John Wells (1990), en la primera edición de su *Longman Pronunciation Dictionary*, ya había incorporado esta información lingüística de manera exhaustiva. En esta ocasión podemos decir que ni siquiera los clásicos pueden desligarse al cien por cien de los efectos de las leyes del mercado, aunque puedan haber existido otros condicionantes.

¹⁴ A modo de ejemplo, Seidlhofer cita las siguientes construcciones como habituales en esta variedad de inglés: *he look very sad, our countries have signed agreement about..., a person which, I look forward to see you y You're very busy today, isn't it?*. No hace falta ser un gran conocedor de la lengua de Shakespeare para darse cuenta de que todas estas construcciones, con otros parámetros de estudio, resultan no sólo chocantes, sino, hasta hace poco, ejemplos paradigmáticos de lo que una persona que está aprendiendo este idioma debería evitar a toda costa.

más que otros aspectos a los que tradicionalmente se les había dado mucha relevancia pero que al parecer no suponen una gran traba de cara a la inteligibilidad mutua entre hablantes europeos de inglés como lengua extranjera, como el caso de vocales que guardan un gran parecido en cuanto a su calidad –las que aparecen en las palabras *heart*, *hat* y *hut*, por ejemplo–. Aun con todas las dudas que el término, y las consecuencias del uso de este estándar lingüístico, hayan podido despertar en los últimos diez años aproximadamente –no hay más que citar al respecto a Margie Berns (1995: 10), que habla de que tal realidad “is simply at too early a stage for classification to be possible”, o a Tom McArthur (2003: 57), que, en un plano más jocoso, lo define como *‘bad English perpetrated in Brussels’*¹⁵–, lo cierto es que son cada vez más los Estados y las zonas de Europa en los que se emprenden políticas educativas que llevan a usar el inglés cada vez en más contextos, tratando de aproximarse a lo que definimos más arriba como el uso del inglés como segunda lengua, más que como lengua extranjera. Aunque en España la situación todavía parece estar lejos de ser idílica en este sentido –Labrie y Quell hablaban en 1997 (24) de que solamente trece de cada cien hablantes reconocían que podían mantener un cierto grado de conversación en inglés; de los diez países estudiados, España dio el grado más bajo¹⁶, en torno a la mitad del valor medio para la Unión Europea de la época–, poco a poco vamos contemplando su incorporación

¹⁵ Como es habitual, el uso de las comillas no es casual, ya que McArthur está citando una visión claramente negativa con la que parece no estar de acuerdo, a tenor de lo que defiende en muchos otros escritos, y en el conjunto del artículo citado.

¹⁶ El Eurobarómetro (citado por Graddol, 2006: 93) revisa la situación, y su evolución, hasta el año 2005. Para esta fecha habíamos pasado al veinte por ciento de la población, pero seguíamos siendo el país con la media más baja de la Unión Europea sobre los que constan datos en el estudio, casi todos los integrantes después de la ampliación.

al contexto internacional, también en este aspecto tan determinante en el contexto europeo.

Esta realidad cambiante que hace que se revisen periódicamente los estándares lingüísticos –Loonen (1996: 7) habla, recogiendo una idea previa de Braj Kachru, de un inglés “adapted to the structure of the borrowing languages and the needs of the borrowing speakers”– ha llevado, en tiempos recientes, y probablemente sólo nos encontramos en los primeros estadios de una evolución de consecuencias imprevisibles, a la modificación, o incluso la ampliación, de la norma lingüística, como se ha comentado con anterioridad. Si estamos dispuestos a aceptar que existen ciertas variedades de inglés como segunda lengua o como lengua extranjera con un número de hablantes mucho mayor que el de las variantes nativas, deberíamos estar dispuestos a aceptar, igualmente, que ciertos usos lingüísticos pasen a ser aceptables en dichas variedades, y, de manera muy significativa, también que los propios hablantes nativos hagan un esfuerzo para hacer su inglés más inteligible para los hablantes no nativos. Si al principio hablé de que el inglés en su concepción actual había nacido, en gran medida, del contacto entre tres lenguas, convirtiéndose en una variedad “pidgin” muy *sui generis*, no es de extrañar que con el paso del tiempo ocurra otro tanto con su estado actual, al tener que verse modificado por la influencia de las variantes “no nativas” del inglés en el mundo entero.

2. EN TORNO AL CANON EN LOS ESTUDIOS EN LINGÜÍSTICA INGLESA

Si atendemos a la definición de “canon” que ofrece el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, en su primera acepción aparece como la “regla o precepto”, de forma que, por extensión, se ha venido a relacionar en tiempos recientes con el paradigma o punto de vista adoptado por los estudiosos de un tema o un campo del saber, con una serie de convenciones que hacen que, de manera más o menos mayoritaria, un número significativo de estos mismos conocedores o estudiosos consideran que existe una corriente crítica mayoritaria que comparte una serie de postulados, métodos o ideas con respecto a una concepción común de una disciplina. Pues bien, en el caso de los estudios en lingüística inglesa se ha dado, en gran medida, una situación similar a la que se ha producido en el campo de la descripción del uso de la lengua inglesa sobre la que he reflexionado en la sección previa.

Sin tener que remontarnos a épocas muy remotas en el campo de la lingüística inglesa, es decir, con centrarnos casi exclusivamente en las principales aportaciones de los últimos cuarenta años, podemos observar, como manifiesta el profesor Alcaraz (1990), siguiendo a Khun, un claro cambio de paradigma, de forma que de los estudios de corte *estructuralista* se pasó, de manera mayoritaria, a otros de corte *generativo y*

transformacional, y de éstos a los de corte *pragmático*. Si bien esta rígida división se ha visto contestada en tiempos recientes —véase, por ejemplo, la edición de los manuscritos de Saussure (2006) realizada por C. Sanders, M. Pires y P. Figueroa—, no es menos cierto que, a grandes rasgos, se ha contemplado una evolución de la *lingüística de la oración* a la *lingüística del texto*, y de ésta a la consideración del lenguaje como un *medio de comunicación* en un *contexto* determinado. Sin tratar de trivializar el estudio de las formas de comunicación verbales humanas, hemos pasado de una concepción centrada en las relaciones inestables y bastante arbitrarias entre un concepto y su verbalización a otra en la que se intentaba explicar los procesos comunicativos en función de competencia y actuación lingüística, es decir, del conocimiento de un código y la intervención resultante, para más adelante centrarnos no en las normas generales de competencia y actuación, sino en las particularidades de los modos comunicativos y cómo se manifiestan en ocasiones concretas.

Por recoger de manera casi exclusiva las principales aportaciones de este último paradigma y su posterior evolución, entiendo que es necesario considerar la evolución del pensamiento lingüístico en una serie de cuestiones clave en el estudio de las lenguas, como la relación entre pensamiento y expresión, las funciones del lenguaje, las distintas formas en que se usa éste, las unidades estudiadas y la relación que se establece con el contexto.

La primera de estas cuestiones, la relación entre pensamiento y expresión, se ha dado en relacionar con el término “telementismo”, concepto que ha sido debatido y rebatido sobre la base de que no existe una relación directa, ni única, entre un concepto mental y su representación verbal, y que de hecho este concepto suele estar sujeto a la propia evolución de las

lenguas y otros condicionantes de tipo social, de forma que, tal como señala Michael Toolan (1998: 77), “we can never be sure that signification remains constant”. No es de extrañar, por lo tanto, que una de las ideas que en principio habían figurado en el *Curso de lingüística general* de Saussure (1980 [1916]) se haya visto modificada por esas mismas tendencias críticas que, en grandes oleadas, han recorrido el pensamiento lingüístico en las últimas décadas. Sin ánimo de polemizar innecesariamente, y aun reconociendo la necesidad de conectar lenguaje y pensamiento, ya que, como observaremos más adelante, figura de manera preeminente en alguna de las teorías más extendidas en el momento actual en torno a las funciones del lenguaje, no es menos cierto que algunas de las concepciones clásicas sobre el lenguaje han adolecido de un exceso de telementismo. Como punto de partida, y para constatar este hecho no hay más que ser medianamente sensible con respecto a la forma en que cualquier niño aprende a hablar un lenguaje en un medio natural, es cierto que el lenguaje nos sirve como un instrumento por medio del cual ordenar la realidad y hacer mención de una serie de ideas, conceptos, sentimientos y abstracciones que forman la base de la comunicación humana. Desde este punto de vista, la concepción de Saussure –y de tantos otros antes que él; véanse al respecto los comentarios de Harris y Taylor (1997: 22, 101, 129-130) sobre Aristóteles, la gramática de Port Royal y Locke, respectivamente– es claramente telementista. Por otra parte, en muchos de estos tratados clásicos sobre el lenguaje como forma de comunicación también se indica, de manera abierta o encubierta, que el lenguaje en ocasiones es un mero instrumento que no siempre hace justicia a todo lo que se quiere expresar, aunque, como dice Stoppard, en su obra *Rosencrantz and Guildenstern Are Dead*, “words. They’re all we have to go on”. Y, por supuesto, como filólogo, y al citar al genial dramaturgo británico, me veo en la necesidad de salir en defensa de toda la belleza que puede haber en la

utilización de las palabras en un entorno creativo, de modo que, al margen de la pura expresión del pensamiento, podamos reivindicar la expresividad y el hecho de que un lenguaje es mucho más que una simple herramienta imperfecta para la expresión de una idea.

Precisamente es esta concepción la que subyace en los estudios en torno a las funciones del lenguaje, que se han consolidado hasta el punto de dar nombre, parcialmente, a toda una serie de aproximaciones al estudio del lenguaje, en concreto, la gramática *sistémico-funcional*, o, para ser más precisos, las distintas gramáticas *de base funcional* que han servido de orientación y guía a un buen número de lingüistas en los últimos años. Si bien a estas alturas de la historia existen un buen número de taxonomías en torno a las distintas funciones que puede desempeñar el lenguaje,¹⁷ quizá una de las más conocidas sea la popularizada por Roman Jakobson en 1960. Una de las principales críticas que se han formulado a la propuesta de este insigne lingüista ha sido la de un cierto exclusivismo, que viene a reflejar la preponderancia de una función sobre otra, dependiendo de la situación en la que se use una expresión. Para tratar de salir al paso de algunas de estas críticas, en una propuesta posterior M.A.K. Halliday (1978 [1974]) habla de tres meta-funciones simultáneas cuando se utiliza el lenguaje, de forma que, por ejemplo, cuando decimos, “my tailor is rich”, estamos llevando a cabo al menos tres acciones simultáneamente. Por una parte, estamos expresando una idea, es decir, estamos formulando una opinión acerca del estado de las finanzas de la persona que nos hace los trajes.

¹⁷ Para una información concisa pero muy ilustrativa en torno a las distintas propuestas formuladas hasta la fecha sobre los modelos descriptivos de la comunicación humana, véase Fiske (1990 [1982]: 6-37).

Simultáneamente, estamos orientando esta expresión a una audiencia, que puede ser mayoritaria o minoritaria, dependiendo de unos condicionantes externos al puro acto de habla. Y, por último, estamos construyendo una expresión que, compuesta de otra manera, resultaría, en el mejor de los casos, bastante extraña, y, en el peor, simplemente ininteligible; para comprobar este extremo, no hay más que formular esta expresión como “is tailor my rich”; si bien la oración puede haber quedado en el inconsciente de muchos aprendices de inglés a lo largo de los años, y ser por lo tanto reconocible, realmente no podemos decir que esté formulada adecuadamente, ni prescriptiva ni descriptivamente. Quizá sea ésta última la función, dentro del esquema de Halliday, que resulte más novedosa en su propuesta, ya que, curiosamente, Locke en su *Essay Concerning Human Understanding*, en 1689, había hablado, en gran medida, de las dos primeras funciones, o, como explican Roy Harris y Talbot Taylor en referencia a la obra del filósofo racionalista inglés, “one of the main two functions is to convey ideas from one mind to another, the other function being to enable us to record our thoughts for future consultation” (1997: 129-130). Si bien la formulación es claramente telementista, con todas las limitaciones que ya hemos visto que comporta tal concepción del lenguaje, al menos en su vertiente exclusivista, parece evidente que estamos hablando de una primera función interpersonal y de una segunda ideacional o experiencial, dejando al margen la tercera, la que se ha dado en llamar “textual”. Para cada una de estas tres meta-funciones hablaremos del lenguaje como modo de *interacción*, para la función *interpersonal*, como modo de *expresión*, para la función *ideacional*, y como *estructura*, para la función *textual*.

De resultados de este interés generalizado, relativamente reciente, por las funciones del lenguaje, se ha observado en la

ciencia lingüística una atención creciente por las distintas formas expresivas, o medios, en que se materializa su uso. Aunque esta concepción surge, en gran medida, de la reflexión de Saussure (1980 [1916]: 64) en torno a la necesidad de estudiar no solamente una lingüística de las manifestaciones escritas de un lenguaje sino, especialmente, de sus manifestaciones orales, el ilustre lingüista ginebrino no alcanzó, en vida, a completar la ingente tarea de acercarse a todas las repercusiones de su afirmación, cubriendo, ante todo, la dimensión fonológica, o sea, del sistema asociado a la pronunciación de un idioma. Con posterioridad, a lo largo de una parte significativa del siglo XX, hemos asistido a distintas aproximaciones que intentan reflejar la naturaleza inherentemente distinta de una actividad y de otra, de forma que lo que nos parece perfectamente aceptable como manifestación oral dejaría, a priori, bastante que desear como manifestación escrita, por la propia inmediatez de la mayoría de los usos hablados de un idioma y por el hecho de que, en definitiva, se producen en situaciones radicalmente diferentes. Tomemos, a modo de ejemplo, la siguiente expresión: “Uh::m: d-Bessy was mated um (0.3) oh about three weeks ago:. A n d (.) Mitzi was mated about two weeks ago:. eh-h e h ·h he-Well ·h I a-always feel it’s best to get it all over at the same tī:me you know, It’s u h :” (normalizado de Jefferson, 1984: 213), o, dicho de otra manera, “Bessy was mated about three weeks ago. And Mitzi was mated about two weeks ago. Well, I always feel it’s best to get it all over at the same time, you know”. Este simple reflejo de lo que se puede entender que es una misma expresión, antes y después de editarla para incluirla en un texto escrito, refleja, a mi modesto entender, muchas más diferencias de lo que aparenta. A diferencia de la segunda versión, la primera indica pausas de diferente calibre, marcadas numéricamente o por medio de signos de puntuación, las sílabas o sonidos aislados que van acentuados –subrayados–, las típicas expresiones que usamos mientras pensamos lo que

vamos a decir a continuación (“Uhm”, “um”, “oh”, “uh”), el hecho de que probablemente el hablante iba a empezar su formulación de forma diferente de cómo lo hace finalmente – la “d” inicial podría indicar que iba a decir “did you know that...?”, o alguna expresión similar–, las risas intermitentes (“eh-h e h ·h he”, “·h”), el hecho de que el hablante podría haber necesitado algo más de tiempo para algunas palabras (“A n d”, en vez de “And”), etc.¹⁸ Con todo lo anecdóticas que puedan parecer estas diferencias, y muy lejos de ser una transcripción, que daría lugar a utilizar otros símbolos, con una incidencia en otros aspectos más propios del estudio de la pronunciación, entiendo que la reflexión es muy simple: mientras que a lo largo de un número muy considerable de años se ha dado una aproximación al hecho lingüístico centrada, de manera abierta o encubierta, en una concepción del lenguaje mediatizada por el registro escrito, en tiempos relativamente recientes dentro de la historia de la lingüística se han empezado a incorporar concepciones que estudian la palabra como tal, y no como una versión “editada”, o “purificada”, del texto hablado¹⁹.

¹⁸ Para una síntesis de las propuestas de la escuela de la *etnometodología del habla* con respecto a éstos y otros fenómenos similares, véase Atkinson y Heritage (1984: ix-xvi).

¹⁹ Por si existen dudas razonables de las diferencias entre un modo expresivo y el otro, reproduzco a continuación la parte que falta del diálogo que completa el ejemplo previo, ya que ésta es otra de las características de la etnometodología del habla, que se centra en los modos dialogados ante todo: “hhOh: () Oh my goodness you do ask for it, ((suppressed laughter)) Well y e : : s . Ye:s.= And-and who did you go: to.” (normalizado de Jefferson, 1984: 213). En esta ocasión, y de manera complementaria a lo dicho, hay que señalar que el paréntesis vacío indica que se ha producido una contribución por parte del hablante, pero que ésta no se ha entendido, con lo que el contenido de lo dicho es irrecuperable, aunque se haya grabado la conversación. Como podemos comprobar, ni siquiera los hablantes de un idioma como primera lengua tienen garantías absolutas de entender una expresión en su integridad, especialmente en ciertas condiciones acústicas –tendemos a intervenir simultáneamente con más frecuencia de

Se podría señalar, de manera muy aproximada, el inicio de un auténtico interés por las unidades lingüísticas superiores a la oración en las propuestas de Zellig S. Harris desde el estructuralismo norteamericano. Esta área es lo que se ha dado en llamar la *lingüística supraoracional*, y me gustaría ilustrar sus principales postulados con un ejemplo aparentemente muy simple. Cuando un hablante dice públicamente “I do”, puede estar diciendo muchas cosas, desde tomar parte en una ceremonia de matrimonio hasta ofrecerse a dar la vuelta al mundo en compañía de otra persona, por poner dos casos extremos. Hasta épocas relativamente recientes, los mecanismos por medio de los cuales una serie de expresiones dependían al cien por cien de otras unidades previas, o posteriores, y las consecuencias de su uso, no se habían estudiado en cierto detalle²⁰. E igualmente, tampoco se había considerado en detalle no ya la dependencia de ciertas expresiones de lo que se ha definido como *cotexto*, o contexto exclusivamente lingüístico, como en el caso previo, sino otra serie de cuestiones relacionadas con la secuenciación conversacional, con la forma de producir y recibir actos de habla, con los modos de referencia, con la inferencia y la presuposición, la deixis, etc. Este segundo campo de análisis, que ya no se define como *lingüística del texto*, sino como *lingüística del discurso*, considera la producción y recepción de unidades lingüísticas en cuanto a su uso en situación, y no

lo que estamos dispuestos a admitir, y esto es fuente permanente de una cierta dificultad en la comprensión del habla—.

²⁰ Se podría entender, como punto de arranque de toda esta corriente, o de una parte muy importante de ella, la obra de M.A.K. Halliday y Ruqaiya Hasan de 1976 *Cohesion in English*. En este impresionante estudio se trata con una exhaustividad fuera de lo común el fenómeno de la cohesión en lengua inglesa, es decir, “the means (...) of linking sentences into larger units (...), i.e. of making them ‘stick together’” (Wales, 2001: 65).

tiene nada de extraño que se traten todos los aspectos mencionados más arriba, ya que son precisamente todos ellos los que dependen en mayor medida del uso que se dé al lenguaje en situación. Por volver sobre el ejemplo previo, la lingüística del texto, y en concreto los estudios sobre la cohesión, se encargan de la forma en que se establece una relación directa entre la expresión “I do” y una pregunta previa, y de cómo su significado está en función de ésta, pero lo que no tratan estos estudios son aspectos tales como las condiciones de uso de esta expresión, el grado de sinceridad que denota –estudiados en la teoría de los actos de habla–, el hecho de que el hablante, por medio de esta respuesta, intente colaborar a la consecución de unos objetivos conversacionales comunes –estudiado dentro de las normas y principios conversacionales–, el grado de conocimiento lingüístico y no lingüístico previo que el hablante da por hecho en el oyente al utilizar esta expresión –analizados en los estudios sobre la inferencia y la presuposición–, la cortesía verbal que implica usar esta expresión u optar por otra diferente –estudiada por la teoría de la cortesía–, etc. Como vemos, estoy hablando de un campo de estudio ingente y que, sorprendentemente, hasta la generalización de los estudios de *pragmática del lenguaje* no habían tenido un reflejo directo ni claro en el análisis de los modos de interacción humana.

Un aspecto final que me gustaría destacar en este breve paseo por el canon en los estudios lingüísticos en inglés es la incorporación de la noción de *contexto* a los mismos, iniciada de manera expresa, según la mayoría de los analistas, por Malinowski a partir de 1923. La noción de contexto se incorporó a la lingüística inglesa vía John R. Firth en los años 50, de quien son herederas, en gran medida, las teorías funcionales antes mencionadas. No es de extrañar que gran parte de los aspectos mencionados en el ejemplo previo, así como sus consecuencias, tengan un trasfondo contextual, es

decir, que sin un conocimiento suficiente de los condicionantes que determinan el uso de una expresión seamos incapaces de determinar muchos de los aspectos mencionados, y que nos llevarían, por ejemplo, a considerar que una promesa de matrimonio puede ser un acto de habla no válido si el hablante ya está casado de manera previa, al menos en ciertas culturas, o que sin encontrarnos en presencia de una persona que tenga la autoridad suficiente para formalizar el acto de matrimonio, de nuevo, la ceremonia no tendrá valor ni podremos decir que se ha tratado de un acto de habla que cumple las condiciones de adecuación. La constatación de todas estas circunstancias fue lo que llevó a un número importante de lingüistas a sugerir la importancia de ciertos factores contextuales para poder estudiar el lenguaje en situación. Lo que no resulta, con frecuencia, tan evidente, es cuáles de estos factores son auténticamente relevantes para el estudio de una expresión verbal y cuáles no, hasta el punto de que se ha llegado a negar la posibilidad de diferenciar las nociones de texto y contexto, y no porque se le quiera negar relevancia a este segundo elemento del proceso de comunicación, sino porque la *lingüística integracional* considera, como corriente crítica, que el lenguaje es una parte mínima de todo el proceso comunicativo, que es preferible hablar de “a recurrent activity of contextualizing”, y que “it is impossible to provide a general predictive account of ‘the nature of context’” (Toolan, 1996: 4). En cualquier caso, y aun admitiendo que esta escuela lingüística sienta las bases para una futura consideración global de la comunicación como fenómeno humano, entiendo que no es baladí la consideración de ciertas cuestiones de tipo situacional, o contextual, para poder apreciar en toda su complejidad el lenguaje como instrumento de interacción humana, aunque esto nos lleve indefectiblemente a un cierto grado de interdisciplinariedad en los estudios de lenguas que, en todo caso, tampoco debe entenderse, desde mi punto de vista, como algo no deseable, ya que el conocimiento, en sí, siempre es riqueza.

A modo de conclusión en torno al canon en los estudios lingüísticos, en concreto en su aplicación en el panorama anglosajón, podemos decir que a lo largo del último siglo aproximadamente hemos pasado de centrarnos en una concepción que primaba el análisis de los aspectos más formales, con un objeto de estudio más propio del registro escrito que del hablado y una falta de consideración tanto de las unidades superiores de estudio como del entorno que rodea al hecho lingüístico, a otra concepción en que el campo se abre de manera considerable, y en la que se pasa a entender el estudio de la lengua como un medio de comprender los complejos procesos interactivos de la humanidad más que como un fin cerrado.

3. EN TORNO AL CANON LITERARIO EN LOS ESTUDIOS INGLESES

Si el canon en los estudios lingüísticos ingleses ha sido un tema ampliamente debatido en tiempos recientes, ya sea en su faceta descriptiva o en su faceta crítica, quizá haya sido aún más significativo el debate en torno a los estudios literarios ingleses, tanto en función de lo que se debe entender por literatura como con respecto a una posible escala sobre los autores más consagrados y los que no lo son tanto. Por iniciar mi breve reflexión en torno a este tema con un ejemplo representativo, sólo hay que retrotraerse a la fundación de la biblioteca de Sir Thomas Bodley, a principios del siglo XVII, de la que por decisión propia excluyó “idle books and riff raffs” (citado por Sanders, 1994: 145), entre los cuales se incluían, aparentemente, un buen número de obras teatrales de la época isabelina, durante la cual ejercieron su oficio autores actualmente tan consagrados, y tan canónicos, como Marlowe y Shakespeare. En los inicios de una de las bibliotecas con más tradición de las actualmente existentes en todo el mundo encontramos, por lo tanto, una asociación muy directa entre lo canónicamente “literario” –o, más propiamente, “poético”, puesto que éste era el término generalmente utilizado en la época para definir lo que hoy en día se entiende por “literario”, aunque no se limitara a la lírica en el periodo– y la existencia

de los usos dados a ciertos textos, ya que el teatro se consideraba, en su mayoría, algo efímero y que sólo tenía justificación a través de su dimensión de representación pública. De manera similar, podríamos preguntarnos hoy en día si la literatura “de consumo”,²¹ los guiones cinematográficos que firman escritores consagrados, como Harold Pinter, William Faulkner o David Mamet, o muchas autobiografías, por poner tres casos que se han debatido ampliamente en el campo de la teoría literaria, entrarían dentro de la definición de lo literario, con lo que acabaríamos de nuevo, indefectiblemente, planteándonos la noción del canon literario.

¿O deberíamos decir “de los cánones literarios”? Puesto que ésta parece ser la idea más reconocida y seguida dentro de la crítica reciente, a pesar del revuelo levantado por Harold Bloom en 1994 con su obra sobre el canon occidental, que trascendió lo propiamente literario para invadir la esfera de lo social e incluso de lo político, o quizá precisamente por el revuelo levantado. Lo que en ocasiones no llegamos a entender es que, lo queramos o no, todos, como lectores, tenemos nuestro propio canon *personal*, es decir, tenemos no ya una idea más o menos clara de lo que es literatura y lo que no, sino dentro del primer grupo, de nuestros autores preferidos, como recoge Alastair Fowler en 1979 al hablar de los cánones personales. O que, siguiendo al ilustre crítico, también podemos hablar de un canon *potencial*, cuando hablamos de la totalidad de las obras consideradas literarias a lo largo de la historia de la humanidad, incluidas las de tradición oral, de un canon *accesible*, cuando

²¹ Dato sintomático de la incorporación de este tipo de textos al canon es la inclusión, por parte de un autor tan poco sospechoso de ciertas “frivolidades” como Harold Bloom (1996 [1994]: 544), dentro del canon extenso, de las novelas *Dracula*, de Bram Stoker, y *The Moonstone*, de Wilkie Collins.

nos limitamos al canon que ha pervivido en cada época histórica, de un canon *selectivo*, que está constituido por listas de autores y obras, un canon *oficial*, más restrictivo, en torno al acuerdo tácito sobre lo que se considera marcadamente literario en un momento dado, o un canon *crítico*, que está relacionado con la labor de la academia, al incluir las obras y autores que se recogen reiteradamente en los estudios literarios. Con todo lo dicho, en la revisión que Wendell Harris (1991) hace de la propuesta de Alastair Fowler, aún se añaden otras cuatro acepciones, referidas a un canon *cerrado*, en torno a una relación de obras que indiscutiblemente pertenecen a la gran literatura, o un canon *pedagógico*, compuesto por las obras que se estudian en las instituciones de enseñanza, tanto secundaria como superior, un canon *diacrónico*, formado por aquellas obras que han tendido a pervivir a lo largo de los siglos, o, finalmente, un canon *del día*, que es justamente lo contrario, es decir, está compuesto por aquellas obras que han tenido una cierta repercusión literaria en un momento dado pero posteriormente han pasado de moda o han desaparecido del canon estable, o diacrónico, por algún motivo.

Todas estas reflexiones críticas en torno al canon literario, lejos de generar confusión, lo que demuestran es que realmente el concepto no es nada estable, diría yo que afortunadamente, ya que nos permite darnos cuenta de la enorme riqueza de los textos literarios, de la diversidad y la pluralidad de puntos de vista y de que, por suerte, hablar de un pensamiento único en nuestro campo del saber es algo inconcebible. Lo que quizá no esté tan claro es a dónde nos lleva, después de aplicar las distintas nociones en torno al canon literario en el caso concreto de los estudios ingleses, y a ello voy a dedicar mis próximas reflexiones. Con respecto a la primera de las hipótesis planteadas, en torno a la definición de lo literario frente a lo no literario, me atrevería a apuntar la siguiente formulación: considerar como textos

literarios en lengua inglesa todos los textos escritos originalmente en lengua inglesa, con unas características propias lúdico-estéticas, con escasa o nula capacidad de adaptación dentro del mismo medio lingüístico, que pueden resultar potencialmente opacos o ambiguos, y con un cierto carácter de pretensión de ficcionalidad. Paso a justificar, a grandes rasgos, cada una de estas características.

El primer dato nos remite al medio empleado, es decir, elimina, con todo lo importantes y necesarios que puedan resultar para una ciencia de la cultura, los textos que tengan originalmente un marcado componente visual, gestual o sonoro o que se hayan escrito en otras lenguas y posteriormente hayan sido traducidos al inglés. Esto parece excluir a todo el género dramático y, por partida doble, gran parte de la producción literaria de Samuel Beckett, que escribió muchos de sus textos originalmente en francés, a pesar de ser irlandés de nacimiento y educación. Con respecto a lo primero, no podemos olvidar que tanto el género dramático como el cinematográfico, o las canciones, tienen al menos un doble componente, por un lado se utiliza el lenguaje para expresar ideas y sentimientos, para comunicarse con otros seres humanos y para crear un texto cohesivo, y simultáneamente se utilizan otros códigos, como el visual y el musical; no sería tan extraño, por lo tanto, considerar, desde este punto de vista, por qué desde hace bastantes siglos el teatro convencional forma parte del canon literario, por qué un buen número de guiones cinematográficos se han publicado en formato de libro y se localizan en las secciones correspondientes a lo literario en las librerías y por qué hace unos años se consideró la posibilidad de conceder el premio Nobel de literatura a Bob Dylan. Con respecto al segundo concepto, por qué Beckett puede formar parte simultáneamente de dos cánones literarios, los correspondientes a la lengua inglesa y a la lengua francesa, lo es por propia decisión del autor, y se

trata de un caso en gran medida excepcional dentro de la literatura contemporánea, al haber traducido él sus propias obras de una lengua a otra²². Y hablo de la literatura contemporánea porque, por cerrar uno de los círculos abiertos hace un rato, era práctica relativamente frecuente, a lo largo de una parte importante de la Edad Media y el Renacimiento, la producción de obras, por un mismo autor, en latín y en inglés, como el caso de Tomás Moro, que escribe su *Utopía* en latín pero gran parte del resto de su producción literaria, menos conocida, en inglés.

Paso a considerar a continuación el segundo de los rasgos definitorios de lo literario, su carácter lúdico-estético. Esta línea nos lleva, por fuerza, a considerar, de nuevo, lo literario dentro de una concepción de rango superior de la ciencia de la cultura, como defiende Iglesias Santos (1994: 346-348), al compartir modos expresivos y unos objetivos globales con otras formas artísticas, de modo que los textos literarios cumplen el cometido de que se deben tomar con un sentido no literal, pensado para

²² La traducción de las obras literarias es un caso muy complejo en sí mismo. No hace falta recurrir a casos como el de la que es, aparentemente, una magnífica traducción de los *Tales of Mystery and Imagination*, realizada por Baudelaire, o de la realizada por Dámaso Alonso sobre *The Portrait of the Artist as a Young Man*, de Joyce. Han sido muchos los autores literarios consagrados y muy canónicos que han practicado la traducción de obras literarias, con resultados espectaculares. Esto no significa, por otra parte, que la obra resultante forme parte, necesariamente, del canon literario de la lengua meta, dados todos los condicionantes literarios y culturales presentes en esta práctica. De ahí que el caso de Beckett haya sido, en gran medida, único o casi único, ya que forma parte, a mi parecer, de ambos cánones literarios, el francés y el inglés. Tendríamos que recurrir a otro caso, como el del autor nigeriano Ngugi Wa Thiong'o para encontrarnos un caso similar, si bien, dada la progresión que está tomando la ciencia de la cultura en el mundo entero, quizá debamos acostumbrarnos a tal versatilidad.

que el lector obtenga un cierto grado de goce estético al enfrentarse al enigma que supone desentrañar, en ocasiones, la significación de una obra literaria. De ahí que lo que Tom Stoppard, en una entrevista con Ronald Hayman, llama “dislocation of an audience’s assumptions” (Hayman, 1979: 143) esté presente, de manera consciente o inconsciente, en gran parte de la producción literaria de muchos autores.

En cuanto a la escasa o nula capacidad de adaptación de los textos literarios dentro del mismo medio lingüístico, aunque la distinción pueda resultar compleja, trata de reflejar el hecho de que, una vez que tocamos un texto original para simplificarlo, popularizarlo o difundirlo, probablemente estamos dando lugar a la creación de un texto diferente, que no tiene por qué ser estrictamente literario. De este hecho son muy conscientes los profesores de idiomas que piden a sus alumnos que lean manuales de lectura simplificados para reforzar estructuras y ampliar vocabulario, pero no para enfrentarse a los textos literarios originales. Por muy interesantes que puedan resultar las tramas de los textos leídos, difícilmente podremos decir que un alumno de primero de bachillerato, pongo por caso, ha leído *Dracula*, de Bram Stoker, sino una adaptación expresamente preparada para hacerla más accesible. Curiosamente, este fenómeno se ha dado incluso entre figuras literarias tan canónicas como Charles y Mary Lamb. El primero es conocido por su producción crítica y literaria en la Inglaterra de principios del siglo XIX, y también, de manera complementaria, por ser el coautor, junto con su hermana, de *Tales from Shakespear (sic)*, obra concebida para que los niños de la época –y yo diría que de épocas posteriores también– pudieran tener un acceso mediatizado a la producción del bardo de Avon, dada la dificultad lingüística y conceptual, al margen de ciertas imágenes y episodios considerados no aptos para los niños de la época, de su producción. Por supuesto, la obra de Charles y Mary

Lamb cumple su objetivo, y por ello es digna de consideración y aprecio, pero es más dudoso pensar que se trate de un texto concebido como literario, ya que de esta forma se ha mediatizado la obra de Shakespeare hasta el punto de que los acontecimientos que se reflejan en sus obras son perfectamente identificables, pero no podríamos decir lo mismo de lo que hace que el dramaturgo sea auténticamente inmortal, que es su utilización de la técnica teatral, su manejo del lenguaje, su uso del lenguaje figurativo, etc.

En cuanto a la supuesta opacidad, o ambigüedad, del texto literario, evidentemente no se trata de algo obligatorio, porque todos conocemos literalmente miles de ejemplos de obras que resultan perfectamente nítidas en cuanto a su significado, al menos su significado evidente, que no necesariamente su significación –véase al respecto Leech (1969: 39-40)–, pero igualmente conocemos ciertos periodos dentro del canon literario, tanto en lengua inglesa como en otras lenguas, en los que precisamente se hace del símbolo, del significado encubierto, de la referencialidad velada, toda una vía expresiva que nos obliga a considerar que, a diferencia de lo que sucede con otros tipos de textos, la claridad absoluta y objetiva no son un valor en sí. Por ponernos en el extremo opuesto, pensemos en el escaso valor que se concedería, por lo general, a un artículo científico que resultara ambiguo u opaco, o que pudiera descifrarse en claves diferentes dependiendo del lector a cuyas manos llegue. Podríamos decir, por lo tanto, que lo que puede considerarse un plus añadido en el caso de un buen número de textos literarios sería un claro demérito en otros tipos de textos.

Finalmente, me gustaría reflexionar sobre la pretensión de ficcionalidad del texto literario. Como en los parámetros previos, no podemos hablar aquí de una condición *sine qua non* para el texto considerado literario, ya que de lo contrario ciertos

géneros, como los libros de memorias, las autobiografías y ciertos ensayos quedarían automáticamente fuera de esta consideración, y obras tan sentidas, sinceras y claramente canónicas como *De Profundis*, de Oscar Wilde, pasarían a pertenecer a otro campo del saber, cuando forman parte, por derecho propio, del ámbito de lo literario, probablemente porque comparten, con el resto del canon literario en lengua inglesa, todas y cada una de las características arriba mencionadas. A pesar de ello, es cierto que podemos detectar una marcada tendencia de las obras literarias a mostrar, como seña de identidad propia, su carácter ficticio.

Finalizo esta reflexión inicial en torno a las características del canon literario en lengua inglesa —claramente extrapolable a otros cánones literarios en otras lenguas— con una propuesta flexible y permeable en torno a esta noción. Los textos literarios pueden compartir con muchos otros textos no literarios todas y cada una de las características indicadas, indudablemente. Por otra parte, puede haber obras que alguno de los tipos de cánones mencionados, como el *crítico*, el *selectivo* o el *diacrónico*, no consideren como tales. Y es que, al fin y al cabo, como afirma Roger Fowler (1981), la literatura es una *forma de discurso social*, y como tal está sujeta, en gran medida, a lo que la sociedad determina que es, o no es, literario. De ahí que el canon literario, en cualquier tipo de sociedad, tenga que ser abierto, cambiante y flexible. Y de ahí que se haya ampliado de la forma que lo ha hecho, dentro de la lengua inglesa, en los últimos años.

Para comprobar esta evolución no hay más que observar la forma en que, como un concepto global, se han incluido, en distintos tipos de cánones, obras pertenecientes a distintos autores, géneros y periodos en detrimento de otros. Es significativa, por ejemplo, la actividad propuesta por Durant y Fabb (1990: 10-13), en la que proponen contrastar el canon

oficial de hace algo más de un siglo, concretamente del año 1894, con alguno de los actuales cánones *pedagógicos* de una institución de enseñanza superior, o, por tener un punto de referencia conocido y reconocido, sugiero yo, con el canon *crítico* propuesto por Harold Bloom (1996 [1994]) en su estudio sobre el canon occidental. Por una parte, como indica Frank Kermode (1983 [1979]), el canon pedagógico ha evolucionado de forma tal que se ha pasado de una situación en la que a principios y mediados del siglo XX sólo se podían incluir en éste obras anteriores a 1830, mientras que a principios del siglo XXI no parece dudarse a la hora de incluir a autores contemporáneos. Por otra parte, parece detectarse en el canon oficial al que hacen referencia Durant y Fabb, el correspondiente a finales del siglo XIX, una mayor facilidad a la hora de incluir textos del género de la no ficción, como si en la consolidación efectiva que ha supuesto el siglo XX para los estudios literarios en lengua inglesa se hubieran asentado, dentro del concepto de lo literario, con mayores garantías, los géneros asociados al cierto grado de ficcionalidad del que hablaba anteriormente, es decir, la narrativa, el teatro y la poesía, y de manera más selectiva la no ficción.

Por tratar de dar un paso más en esta reflexión sobre la noción del canon literario en lengua inglesa, propongo una breve comparativa entre la sugerencia de Bloom y la de una historia de la literatura inglesa, concretamente la escrita por Andrew Sanders en el año 1994. Dentro de las diferencias forzosas existentes entre ambas obras, ya que una versa sobre el canon occidental y la otra sobre la historia literaria de un territorio muy concreto, y dentro de que es prácticamente imposible, en unas pocas líneas, ni siquiera esbozar lo que supone un canon literario que comprende más de mil años, entiendo que es necesario circunscribir la comparación a un par de datos que pueden resultar ilustrativos del tipo de canon propuesto por

ambos críticos. La primera sugerencia gira, de nuevo, en torno a la no ficción. La propuesta de Bloom no parece diferir en exceso de la presentada por Sanders con respecto a este género, ya que ambos incluyen, con mucho peso específico, la obra de Samuel Johnson, en su conjunto, así como las obras de autores que marcaron de forma indeleble la conciencia de la sociedad de la época como ensayistas, tal es el caso de John Ruskin o de Walter Pater, o del cardenal Newman, del que se menciona su autobiografía. Donde no parece existir tal coincidencia es en el tratamiento de John Stuart Mill, que es recogido por Harold Bloom como autor digno de mención dentro del canon occidental pero no así por Andrew Sanders, al menos expresamente. Lo que se deduce de esta primera comparación es que, a grandes rasgos, no parece haber grandes diferencias con respecto a la inclusión de la no ficción en ambas obras, a no ser las derivadas de la tradición de las “Belles Lettres” en el panorama crítico norteamericano, que al parecer llevan a Bloom a incluir a Mill entre los autores canónicos del género. Esto parece indicar, a grandes rasgos, que en la actual definición del canon literario en lengua inglesa tienen cabida obras representativas del género de la no ficción.

Una segunda comparativa entre los dos críticos nos lleva a cuestionarnos el papel que desempeña la narrativa inglesa contemporánea en ambos cánones, ya que aquí parecen detectarse diferencias más notables que en el caso anterior. En esta ocasión, frente a un canon más restrictivo, como es el de Bloom, nos encontramos otro más amplio, el de Sanders, al incluir éste último a un total de trece novelistas frente a los seis que menciona aquél. En principio, este simple dato numérico no tendría mayor relevancia si no fuera porque, indirectamente, la diferencia de criterio parece indicar algo más, al ser siete del total de trece autores las novelistas mencionadas por Sanders, frente a las dos de seis mencionadas por el crítico de Yale; por

otra parte, la simple inclusión de la autora de origen caribeño Jean Rhys, en la monografía de Sanders, pero no en la de Bloom, ya nos está marcando otra característica, como síntoma, de muchos cánones recientes en los estudios ingleses, que aluden a diferencias no de sexo, sino de procedencia geográfica. Vemos, por lo tanto, que quizá se den diferencias que pueden resultar significativas en ciertos terrenos en cuanto a la selección del canon, que no deja de ser personal, pero altamente cualificado en ambos casos, entre los dos autores. El de Bloom, al parecer, es más tradicional en muchas de sus apreciaciones, al no incidir de manera tan directa como el de Sanders en la novela escrita por mujeres ni en ciertas obras muy representativas de la literatura escrita en los antiguos territorios de la Commonwealth, o, tomando un término mucho más canónico, si se me permite expresarlo así, la literatura *postcolonial* en lengua inglesa, sobre la que paso a elaborar un breve comentario en torno a su reciente inclusión en el canon literario en lengua inglesa.

Para observar la evolución sufrida por la literatura escrita en lengua inglesa en los últimos años, y por estereotipada que pueda parecer la propuesta, no hay más que analizar sin necesidad de mucho detalle la lista de los autores a los que se ha otorgado el Premio Nobel de Literatura en los últimos veinte años. De los ocho que escriben regularmente su producción literaria en inglés,²³ solamente uno, Harold Pinter, que ha obtenido el Nobel correspondiente al año 2005, se puede considerar a todos los efectos un autor inglés. De los demás, una, Toni Morrison (1993), pertenece a la minoría afroamericana de los Estados

²³ Joseph Brodsky (1987) publica inicialmente en ruso y más adelante en ruso y en inglés. Su evolución puede entenderse como sintomática del fenómeno de las migraciones y del multiculturalismo de la segunda mitad del siglo XX.

Unidos, otro, Seamus Heaney (1995), ha vivido regularmente a ambos lados de la frontera que separa la República de Irlanda del territorio de Irlanda del Norte, mientras otros dos, Derek Walcott (1992) y V.S. Naipaul (2001), se asocian al Caribe de habla inglesa, si bien éste último es de ascendencia hindú, siendo los tres restantes, Wole Soyinka (1986), Nadine Gordimer (1991) y J.M. Coetzee (2003), africanos, el primero nigeriano, y los dos restantes sudafricanos, pertenecientes a la minoría blanca de este país. Sin pretender, con esta breve reflexión en torno a estos premios, establecer una norma, sí entiendo que puede resultar algo sintomático de las tendencias de la literatura en lengua inglesa en los últimos años, especialmente si consideramos que, con anterioridad a 1986, los autores beneficiados por la concesión del Nobel de literatura en su mayoría se habían encontrado tradicionalmente dentro del más estricto de los cánones de la metrópolis, ya sea la británica o la norteamericana²⁴. La apertura del canon a autores de minorías étnicas dentro de estas mismas metrópolis, otros plenamente irlandeses y de los antiguos países de la Commonwealth indica, sin lugar a dudas, un cambio de perspectiva en cuanto a varios tipos de cánones, incluidos el oficial, el crítico, el cerrado y, de manera creciente, también el pedagógico.

A modo de conclusión parcial, por lo tanto, en torno al canon literario en los estudios ingleses, podemos decir que estamos en pleno proceso de adaptación y ampliación de este concepto, de forma que, tanto por lo que respecta a los géneros

²⁴ Mención aparte merece el autor australiano Patrick White (1973). Por otra parte, la posición de los autores irlandeses con respecto a este dato siempre ha sido complicada. Si bien podemos citar, de improviso, a Yeats (1923), Shaw (1925) y Beckett (1969), el único que por nacimiento y educación se puede considerar auténticamente irlandés es William Butler Yeats, e incluso así hay que señalar que nació ciudadano británico y cuando murió ya existía la República de Irlanda como Estado independiente.

como por lo que respecta a la procedencia y educación de los autores, donde antes parecía percibirse una sensación de que solamente se podían estudiar, o simplemente considerar dignos de mención como parte de la gran tradición de la literatura en lengua inglesa, un número muy definido de autores y textos, en el momento actual este concepto se ha ampliado considerablemente, para pasar a acoger ciertas propuestas que hablan del valor literario de autores de procedencias muy alejadas de los centros tradicionales de la cultura literaria y también, aunque de manera mucho más pausada, de tipos de textos que hasta hace poco tiempo contaban como “no canónicos”.

4. CONCLUSIONES

No pretendo, en estas últimas breves palabras, elaborar una conclusión que se pueda considerar definitiva ni que cierre absolutamente nada. Antes bien, siempre he preferido mantener un diálogo permanente, fructífero, de ida y vuelta, con mis amigos y conocidos, y también con los que quizá no lo sean tanto. Creo, sinceramente, que para eso, y para otras cosas, es para lo que servimos los aspirantes continuos a profesores de idiomas. Por eso me limito en estas últimas palabras a hacer una reflexión en voz alta sobre lo que yo entiendo que es el aspecto más significativo de la evolución en el campo de los estudios ingleses en los últimos treinta años, que son los que puedo juzgar de primera mano. Hemos asistido, con muchísimo interés y una cierta perplejidad, a la ampliación del canon en los estudios ingleses, que se ha visto reflejada en los modelos de uso de la lengua inglesa, con una mayor incidencia en aspectos descriptivos más que prescriptivos, pero también en la forma en que se ha descrito y estudiado la lingüística como disciplina, y, por supuesto, en el análisis de los textos literarios como forma de comportamiento humano. Lamento disentir de las voces que claman en contra de lo que entienden que ha sido esta evolución de los últimos treinta años, una pérdida de puntos de referencia y valores sacrosantos que se debían haber

mantenido a costa de cualquier sacrificio, desde su punto de vista. Por contra, yo prefiero hablar de la constatación de una realidad social, que es ni más ni menos que la ampliación de la noción del canon en los estudios ingleses, con la incorporación de puntos de vista y concepciones diferentes de las que tradicionalmente se habían entendido como propias de la disciplina.

Muchas gracias por su paciencia y su atención. Seguimos conversando.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahulu, S. 1997. "General English", *English Today* 13/1, 17-23.
- 1998a. "Lexical variation in international English", *English Today* 14/3, 29-34.
- 1998b. "Grammatical variation in international English", *English Today* 14/4, 19-25.
- Alcaraz Varó, E. 1990. *3 paradigmas de la investigación lingüística*. Alcoy: Marfil.
- Amela, V.M. 2006. "Cada año hay menos lenguas en la Tierra", *La Vanguardia*, 1 de febrero de 2006, 64.
- Atkinson, J.M. y J. Heritage 1984. "Transcript notation", en J.M. Atkinson y J. Heritage (eds.) *Structures of Social Action; Studies in Conversational Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, ix-xvi.
- Berns, M. 1995. "English in the European Union", *English Today* 11/3, 3-11.
- Bloom, H. 1996 [1994]. *The Western Canon: The books and schools of the ages*. Nueva York: Papermac.
- Bryson, B. 1990. *Mother Tongue; The English Language*. Harmondsworth: Penguin.

- Consejo de Europa, 2001. *Common European Framework of Reference for Languages: Learning, Teaching, Assessment*. <<http://www.coe.int/T/DG4/Portfolio/documents/0521803136txt.pdf>> (consulta realizada el 29/06/06).
- Cruttenden, A. 2001 [1962]. *Gimson's Pronunciation of English*. Londres: Arnold. Primera edición: A. Gimson.
- Crystal, D. 1997. *English as a Global Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 2004. *The Stories of English*. Harmondsworth: Penguin.
- Dalby, D. 2001. "The Linguasphere: kaleidoscope of the world's languages", *English Today* 17/1, 22-26.
- Durant, A. y N. Fabb 1990. *Literary Studies in Action*. Londres: Routledge.
- Fiske, J. 1990 [1982]. *Introduction to Communication Studies*. Londres: Routledge.
- Fowler, A. 1979. "Genre and the literary canon", *New Literary History* 11, 97-119.
- Fowler, R. 1981. *Literature as Social Semiotic*. Londres: Batsford.
- Graddol, D. 1997. *The Future of English? A guide to forecasting the popularity of the English language in the 21st century*. Londres: The British Council. <<http://www.britishcouncil.org/english/pdf/future.pdf>> (consulta realizada el 14/07/06).
- 2006. *English Next; Why global English may mean the end of 'English as a Foreign Language'*. Londres: The British Council. <<http://www.britishcouncil.org/files/documents/learning-research-english-next.pdf>> (consulta realizada el 14/07/06).
- Gramley, S. 2001. *The Vocabulary of World English*. Londres: Arnold.

- Halliday, M.A.K. 1978 [1974]. "A social-functional approach to language", en M.A.K. Halliday *Language as Social Semiotic*. Londres: Edward Arnold, 36-58.
- y R. Hasan 1976. *Cohesion in English*. Londres: Longman.
- Harris, R. y T. J. Taylor 1997 [1989]. *Landmarks in Linguistic Thought: from Socrates to Saussure*. Londres: Routledge.
- Harris, W.V. 1991. "Canonicity", *PMLA* 106/1, 110-121.
- Hayman, R. 1979. *Tom Stoppard*. Londres: Heinemann.
- Iglesias Santos, M. 1994. "El sistema literario: teoría empírica y teoría de los polisistemas", en D. Villanueva (ed.) *Avances en teoría de la literatura*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones de la Universidad, 309-356.
- Jefferson, G. 1984. "On stepwise transition from talk about a trouble to inappropriately next-positioned matters", en J.M. Atkinson y J. Heritage (eds.) *Structures of Social Action; Studies in Conversational Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, 191-222.
- Jenkins, J. 2000. *The Phonology of English as an International Language*. Oxford: Oxford University Press.
- , M. Modiano y B. Seidlhofer 2001. "Euro-English", *English Today* 17/4, 13-19.
- Jones, D. 1997 [1917]. *English Pronouncing Dictionary*. Cambridge: Cambridge University Press. Edición: P. Roach y J. Hartman.
- Kachru, B.B. 1985. "Standards, codification and sociolinguistic realism: the English language in the outer circle", en R. Quirk y H.G. Widdowson (eds.) *English in the World: Teaching and Learning the Language and Literatures*. Cambridge: Cambridge University Press, 11-30.

- Kermode, F. 1983 [1979]. "Institutional control of interpretation", en F. Kermode *The Art of Telling. Essays on fiction*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 168-184.
- Labrie, N. y C. Quell 1997. "Your language, my language or English? The potential language choice in communication among nationals of the European Union", *World Englishes* 16/1, 3-26.
- Leech, G.N. 1969. *A Linguistic Guide to English Poetry*. Londres: Longman.
- Locke, J. 2006a [1689]. *Essay Concerning Human Understanding; books 1-2*. <<http://www.gutenberg/files/10615/10615.txt>> (consulta realizada el 5/07/06).
- 2006b [1689]. *Essay Concerning Human Understanding; books 3-4*. <<http://www.gutenberg/files/10616/10616.txt>> (consulta realizada el 5/07/06).
- Loonen, P. 1996. "English in Europe: from timid to tyrannical?", *English Today* 12/2, 3-9.
- McArthur, T. 2003. "World English, Euro-English, Nordic English?", *English Today* 19/1, 54-58.
- 2005. "Chinese, English, Spanish – and the rest", *English Today* 21/3, 55-61.
- Modiano, M. 1999. "International English in the global village", *English Today* 15/2, 22-28.
- Roach, P. 1992. *Introducing Phonetics*. Harmondsworth: Penguin.
- Sanders, A. 1994. *The Short Oxford History of English Literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Saussure, F. de 1980 [1916]. *Curso de lingüística general*. Madrid: Akal. Traducción y edición: M. Armiño.

- 2006. *Writings in General Linguistics*. Oxford: Oxford University Press. Edición y traducción: C. Sanders, M. Pires y P. Figueroa.
- Seidlhofer, B. 2001. "Closing a conceptual gap: The case for a description of English as a lingua franca", *International Journal of Applied Linguistics* 11/2, 133-158.
- Toolan, M. 1996. *Total Speech; An Integrational Linguistic Approach to Language*. Durham, NC: Duke University Press.
- 1997. "Recentering English: New English and Global", *English Today* 13/4, 3-10.
- 1998 [1997]. "A Few Words on Telementation", en R. Harris y G. Wolf (eds.) *Integrational Linguistics: a first reader*. Oxford: Pergamon, 68-82.
- Wales, K. 2001 [1990]. *A Dictionary of Stylistics*. Londres: Longman.
- Wells, J. 1990. *Longman Pronunciation Dictionary*. Londres: Longman.
- Widdowson, H.G. 1997. "The Forum: EIL, ESL, EFL: Global issues and local interests", *World Englishes* 16/1, 135-146.



Servicio de Publicaciones